


**Escuela de Relaciones
Internacionales
Universidad Nacional
Heredia, Costa Rica**

COSTA RICA EN UN MUNDO POSBIPOLAR: UN PACTO NACIONAL PARA UNA NUEVA POLITICA EXTERIOR

Jaime Darenblum

Nº 3

**327.7286
D217c**

DOCUMENTOS DE ESTUDIO

**Nueva Epoca
1997**

39-4
109

COSTA RICA EN UN MUNDO POSBIPOLAR: UN PACTO NACIONAL PARA UNA NUEVA POLITICA EXTERIOR

Jaime Darenblum

DOCUMENTOS DE ESTUDIO N° 3

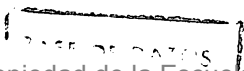
Nueva Epoca

Escuela de Relaciones Internacionales

Universidad Nacional

Heredia, Costa Rica

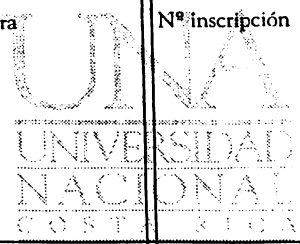
1997



3927
102

Signatura

Nº inscripción



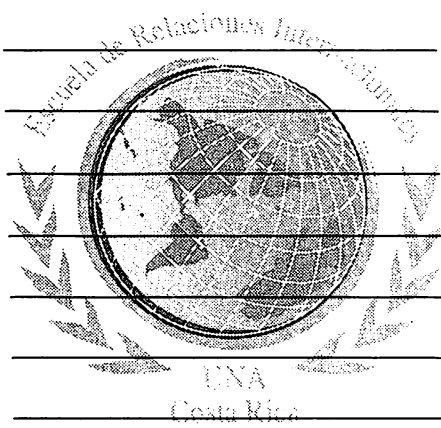
Devuelva este libro en la última fecha indicada

CO
P
NAC

FECHA

HORA

UNIVERSIDAD NACIONAL
Centro de Documentación y
Bibliotecas Especializadas
24 FEB 2011
"LUIS Y FELICIA VELAZQUEZ"
ESCUELA DE RELACIONES INTERNACIONALES



nblum

DOC

Escu

BASE DE DATOS

COSTA RICA EN UN MUNDO POSBIPOLAR: UN PACTO NACIONAL PARA UNA NUEVA POLITICA EXTERIOR

De: Jaime Darenblum

Documentos de Estudio (Nueva Epoca), Nº 3

Revisión y corrección: Margarita García Segura

Levantado de texto: Isabel Valverde Soto

Artes finales: Víctor Hugo Navarro

Primera edición, Heredia, 1997

Tirada de 300 ejemplares

Escuela de Relaciones Internacionales

Universidad Nacional

Apartado 437-3000

Heredia, Costa Rica

Tel.: (506) 237-3886

Fax: (506) 237-0487

BTCA RELACIONES INTERNACIONALES
270276

327.7286

D217c Darenblun, Jaime

Costa Rica en un mundo posbipolar: un pacto nacional para una nueva política exterior / Jaime Darenblun. -- Heredia, C.R. : Escuela de Relaciones Internacionales, Universidad Nacional, 1997.

19 p. -- (Documentos de Estudio, Nueva Epoca, Nº 3)

1. COSTA RICA 2. POLITICA EXTERIOR
3. DIPLOMACIA 4. DIPLOMATICOS

PRESENTACION

Me complace sobremanera presentar al público la primera edición de la conferencia «COSTA RICA EN UN MUNDO POSBIPOLAR: UN PACTO NACIONAL PARA UNA NUEVA POLITICA EXTERIOR», impartida en nuestra Escuela por el Dr. Jaime Daremblum R., el pasado 18 de junio del año en curso.

El Dr. Daremblum R., no necesita presentación. Abogado de la Universidad de Costa Rica, graduado con honores; politólogo, obtuvo su doctorado en la Fletcher School of Law and Diplomacy. Lo conocemos como un distinguido catedrático universitario, profesor de economía internacional y política de muchas generaciones de estudiantes en la Escuela de Ciencias Políticas de la Universidad de Costa Rica, comentarista y editorialista sobre temas internacionales en los principales medios de difusión del país y autor de numerosas publicaciones especializadas en el campo de nuestra especialidad. Ha ocupado altas posiciones en los organismos internacionales y su consejo profesional ha sido requerido por varios gobiernos de Costa Rica. Actualmente es investigador en el Centro de Investigación Adiestramiento Político Administrativo

(CIAPA) y ejerce su profesión de abogado en el Bufete Daremblum & Asociados.

Es un privilegio para nuestra Escuela de Relaciones Internacionales publicar la disertación de Don Jaime y poder contar con este valioso material escrito en la Serie de Documentos de Estudios, Número 3. Sin duda alguna, será de consulta obligatoria para nuestros estudiantes, profesores y especialistas en el ramo de las relaciones internacionales.

Dr. Alvaro López Mora

Director

Escuela de Relaciones Internacionales

Las naciones pequeñas en un mundo posbipolar

Durante las negociaciones las negociaciones preliminares ala Conferencia de Yalta de febrero de 1945, el presidente Franklin D. Roosevelt propuso a José Stalin, máximo líder soviético, que se invitara al papa Pío XII con el fin de incorporar una cierta dimensión espiritual al evento. Stalin, ante la propuesta del mandatario norteamericano, preguntó en su usual lenguaje oblicuo: «¿Cuántas divisiones armadas tiene el Papa?».

La anécdota sirve para ilustrar la atmósfera en que se iniciaba la era del bipolarismo: el poder militar constituía el argumento último y definitivo; lo demás era secundario. Para Stalin, las fronteras del nuevo mapa mundial a negociar en la conferencia ya habían sido básicamente trazados por el avance y las posiciones ocupadas por las tropas de cada una de las potencias. Yalta sería únicamente el foro donde se afinarían los detalles de las realidades impuestas por la fuerza. Con el creciente distanciamiento, primero, y la rivalidad abierta, después, entre los Estados Unidos de América y la Unión Soviética, la dimensión militar del poder alcanzó una relevancia inusitada, hasta que se llegó al «equilibrio del terror». En esta situación, la supervi-

vencia de la humanidad llegó a depender de la imposibilidad de una superpotencia de atacar a la otra sin arriesgarse a provocar la destrucción mutua en una escala masiva. A lo largo de períodos alternativos de relativa distensión y agudización de conflictos, la política mundial de la era bipolar estuvo regida principalmente por la competencia militar entre ambos centros de poder. Y a esta realidad, de una u otra forma, todas las demás naciones, grandes o pequeñas, tuvieron que adaptar sus políticas exteriores.

Hoy, la situación ha cambiado sustancialmente. El final del sistema bipolar, que desde la Segunda Guerra Mundial había regido las relaciones internacionales por casi cinco décadas, ha ciertamente hecho pasar a un segundo plano la dimensión estrictamente militar del poder global. Empero, el nuevo sistema posbipolar que se perfila en la actualidad también ha acentuado las diferencias entre las naciones de acuerdo con sus respectivas cuotas de poder - si bien en una proyección más amplia y compleja que privilegia factores como la base económica, el intercambio comercial y la movilidad de inversiones y tecnología.

Los países pequeños ya no pueden como ayer manipular en su provecho la contienda ideológica, estratégica y económica entre dos superpotencias y deben ahora acoplarse a una situación de aguda competencia por mercados, capitales y tecnología en la que no pueden contar con otra cosa que no sea su valor intrínseco en tanto ofrezcan oportunidades atractivas y seguras para el comercio y la inversión internacionales.

Esta situación fue evidenciada recientemente por

la visita del presidente norteamericano Bill Clinton a nuestro país. Los gobernantes de las naciones del área centroamericana y del Caribe acudieron solícitos a una cumbre de la que, erróneamente, se esperaban cambios dramáticos en el comercio con los Estados Unidos que incluso fueron anunciados prematuramente. La realidad fue que la cita se desarrolló primordialmente según las directrices impuestas por las realidades políticas domésticas de la gran potencia y no siguiendo las aspiraciones, los planteamientos, ni las expectativas de las naciones de la región.

Para los gobiernos centroamericanos, las discusiones debían enfocarse especialmente en la expansión del libre comercio; desde la perspectiva norteamericana, era mucho más importante tratar temas como el narcotráfico y la inmigración. A la larga se impuso la agenda de Washington y, una vez más, se demostró que las naciones pequeñas, es decir, las naciones con reducidas cuotas de poder, deben realizar una extraordinaria labor diplomática, basada en el realismo, el conocimiento y la habilidad, para promover con éxito sus intereses ante las grandes potencias.

Históricamente, los Estados pequeños han debido apoyarse sobre los juegos diplomáticos para asegurar su posición -e, incluso, su supervivencia- en un mundo dominado por los Estados grandes. Y el grado de eficiencia desplegado por las naciones pequeñas en el campo diplomático ha sido muchas veces determinante en su destino. La historia ofrece diversos ejemplos: baste recordar el éxito de Siam (actualmente Tailandia) en mantener una independencia entre el imperialismo francés establecido en Indochina y el británico

en Birmania (hoy Myanmar) recurriendo a una política de equilibrio entre ambas potencias a fines del siglo pasado o, por el contrario, el fracaso de Bélgica, en 1914, de asegurar su integridad territorial mediante una política de neutralidad.

Falta de una tradición diplomática de excelencia

Dadas las características históricas de Costa Rica como nación pequeña y desarmada, cabría esperar una tradición diplomática de excelencia. Ante la ausencia de recursos militares - y, por tanto, la imposibilidad de una política de fuerza - el bienestar y la seguridad de nuestro país han dependido de las negociaciones, los tratados, las normas jurídicas y demás instrumentos de la diplomacia. Sin embargo, sabemos que esta tradición de excelencia no ha sido el caso de nuestra política exterior.

Indudablemente, la política exterior costarricense ha seguido caminos definidos por tradicionales valores democráticos y libertarios que conquistaron para nuestro país una posición destacada en el campo internacional. Pero es también igualmente cierto que la diplomacia costarricense ha sido determinada por la idiosincracia más que el profesionalismo, por la improvisación más que el diseño bien planeado, y por las consideraciones electorales y partidistas más que el interés propiamente nacional.

Marginalidad y pasividad de nuestra diplomacia

Debemos, en este sentido, ser muy francos: nuestra política exterior ha tendido a ser marginal y

pasiva, la mayor parte de las veces no más que un afterthought con respecto a la política doméstica, como si efectivamente, en el mundo contemporáneo pudiera existir una separación real entre ambas políticas: nacional e internacional. Fundamentalmente, la política exterior no ha sido considerada como un quehacer central de nuestros gobiernos. Ha sido vista mayormente como una especie de botín político cuya función primaria es recompensar aportes financieros y electorales al gobierno de turno o, en otros casos, asignar puestos de «prestigio» a figurones políticos e incluso alejar de la política nacional a dirigentes incómodos que no se adaptan a la línea del partido gobernante.

Las consecuencias de esta situación han sido altamente perjudiciales. Entre otras cosas, ha conducido a la improvisación. Cabe recordar, en este aspecto, la grave situación evidenciada en 1985 por el incidente de Las Crucitas- en el que, como se recordará, Costa Rica fue víctima de la agresión sandinista que resultó en la muerte de varios miembros de nuestra Guardia Civil. A pesar de que la frontera con Nicaragua ardía en conflictos, nuestro país, casi a tres años de iniciada la Administración Monge Alvarez, no contaba ni con embajador ante la OEA no ante el gobierno de los Estados Unidos. Y para colmo, la controversia no fue ni mucho menos planteada ante ese foro internacional por nosotros- los agredidos- sino por los agresores. Hubo que correr e improvisar la designación de un embajador que presentó sus credenciales minutos antes del crucial debate en el Consejo de la OEA. Otro caso fue el establecimiento del Instituto del Servicio Exterior, sin haber definido de antemano qué hacer con los egresados, cómo y dónde colocarlos para aprovechar su

preparación; y el resultado está ahí a la vista en el hecho de que muchos de estos graduados permanecen todavía en el limbo.

Desafortunadamente, las situaciones de deficiencias diplomáticas graves abundan por doquier. Años atrás, durante una misión a Europa del sector privado costarricense, pude constatar algunas de ellas. Por ejemplo, en una de nuestras embajadas, de trece personas incluidas en la planilla de la representación, únicamente tres se presentaban a laborar con regularidad; al resto se les enviaba la remuneración a sus domicilios respectivos. En otra sede, acreditada ante una nación francófona, no había ni un solo funcionario que pudiera expresarse en francés y, ni siquiera, en inglés.

¿Cómo explicar- no hablemos de justificar- estos contrasentidos? Han sido estas, precisamente, las consecuencias de una política exterior dominada por el clientelismo, las consideraciones electoreras, las decisiones improvisadas, la implementación *ad hoc* y la ausencia de un profesionalismo y planeamiento. Una diplomacia, en definitiva, ayuna de la concertación y la voluntad políticas necesarias para darle sentido, eficiencia y dirección.

La crisis profunda de la diplomacia costarricense se ha hecho evidente también en épocas más recientes. En la administración pasada, se invirtió mucho más tiempo y esfuerzo en promover una candidatura en un foro internacional que en enfrentar los retos vitales de la transición a la posguerra fría que por entonces se perfilaba. Esta situación se reflejó en el desplome de la Cancillería como eje de la política exterior y su

sustitución en ese papel -de *motu proprio*- por el Ministerio de Comercio Exterior.

En el presente gobierno, la disgregación institucional y la falta de un planteamiento unificado en política exterior han desbordado en enfrentamientos abiertos entre la Cancillería y el Ministerio de Comercio Exterior. Incluso, dentro de la Cancillería, afloran pugnas estimuladas por la ausencia de una línea rectora por parte de la Presidencia. La crisis ha sido notoria en un debate, a todas luces deplorable, sobre si eventualmente exigir o no requisitos mínimos de honestidad a los funcionarios- un imperativo evidente y que en países avanzados ni se discute porque se sobreentiende.

Costa Rica ante un nuevo panorama internacional

Este estado de cosas, obviamente, no debe continuar. Menos aún en la actual coyuntura del posbipolarismo. Recordemos que durante la guerra fría la posición internacional de Costa Rica estuvo determinada -y más que determinada, privilegiada, podríamos decir- por su carácter de baluarte democrático en una región en la que se enfrentaban las superpotencias mediante satélites y aliados. Pero no es más ésta la situación imperante. Ahora, a Fidel Castro, por ejemplo, ya no le desvela desestabilizar a sus vecinos sino cómo ganar dólares. Desde la perspectiva norteamericana, en consecuencia, la histórica excepcionalidad democrática y pacífica de nuestro país ha perdido importancia.

En la actualidad, nuestra relación bilateral con

Washington- la más importante dimensión de nuestra política exterior- está regida por criterios pragmáticos, comerciales y financieros y por las exigencias de normas jurídicas privadas. Son cosa del pasado las consideraciones estratégicas e ideológicas que tendían a pasar por alto las fallas e ineficiencias de nuestros gobiernos en el manejo de tal relación. Hoy Costa Rica no puede esperar un trato de privilegio por parte de los Estados Unidos ni de ningún otro país. Ahora estamos inmersos, al igual que cualquier otro país pequeño, en una competencia cada vez más aguda en la cual una política exterior eficiente constituye una necesidad insoslayable y vital.

En esta relación bilateral clave con los Estados Unidos, ya pasaron aquellos tiempos en que el Presidente de Costa Rica llamaba a la Casa Blanca clamando por ayuda urgente ante la amenaza de la creciente desestabilización regional y en que nuestras responsabilidades financieras eran dejadas de lado -se nos «disimulaba», por así decirlo, nuestros «pecados» financieros- debido a los problemas estratégicos y militares que entonces preocupaban al gobierno norteamericano.

Actualmente, necesitamos replantear completamente dicha relación bilateral. Debemos comenzar por un análisis inteligente del sistema político norteamericano, su complejidad y amplitud, su dinámica, actores e instituciones- un análisis de cómo esas características influyen en nuestras relaciones con los Estados Unidos o, mejor aún, cómo podrían ser aprovechadas en nuestro beneficio. No se puede pensar en términos de una relación relativamente directa y única con el Departamento de Estado. Otros departamentos deben ser

tomados en cuenta para tratar otros aspectos específicos: Justicia (tráfico de drogas e inmigración), Comercio, Transporte y Comunicaciones, Tesoro, Trabajo, Energía, etc. Incluso con respecto a la propia Casa Blanca, es necesario distinguir claramente entre sus diversas dependencias -la Oficina del Representante Comercial, o el Consejo Nacional de Seguridad, por ejemplo- y diseñar en consecuencia diplomacias más o menos específicas. Lo mismo puede decirse del Capitolio: las comisiones legislativas, tanto del Senado como de la Casa de Representantes, juegan un papel muy importante en la política exterior y hacia ellas deben orientarse también nuestros esfuerzos diplomáticos. Citemos algunas de las más influyentes: Apropiaciones, Relaciones Exteriores, Fuerzas Armadas, Presupuesto, Finanzas, Comercio, Obras Públicas y Transportes. Y, por supuesto, hay que poner mucha atención al poderoso sector empresarial y las organizaciones sindicales.

Con esto queremos señalar que la situación internacional de hoy exige de Costa Rica una readecuación de los objetivos y un perfeccionamiento de los mecanismos de su política exterior. Para empezar, debemos superar de manera definitiva la marginalidad que esa política tradicionalmente ha tenido en las agendas de gobierno. La proyección internacional del país por medio de una diplomacia seria, eficaz y moderna deber ser una prioridad fundamental a tono con las actuales circunstancias mundiales.

Las tareas urgentes a realizar

Ante todo, Costa Rica necesita replantear su política exterior como una tarea genuinamente nacional,

producto de una sólida concertación política entre los dos partidos mayoritarios -fundamental, aunque no exclusivamente- de una visión realmente novedosa de cuáles son las metas a realizar y cuáles los instrumentos idóneos para alcanzarlas. En definitiva, necesitamos nada menos que un pacto nacional para una nueva política exterior.

Esta concertación debe tomar en cuenta, por un lado, que nuestro país necesita desplegar una política exterior que realmente lo proyecte como un destino atractivo y competente en el comercio y las finanzas internacionales; por el otro, que Costa Rica ha de retomar y consolidar su liderazgo en aquellos campos que tradicionalmente le han otorgado relieve en el plano internacional: la desmilitarización, la solución negociada de conflictos, la defensa de los derechos humanos, la educación y la protección del medio ambiente.

Desgraciadamente, nos hemos empeñado en participar en foros que no nos convienen y hemos descuidado o malogrado nuestra participación en otros que sí son importantes y, para colmo, nos hemos expuesto a situaciones embarazosas y hasta humillantes. Recientemente, nuestro país solicitó ser aceptado como miembro pleno del Movimiento de los No Alineados (NOAL), una organización de vigencia dudosa en la actualidad posbipolar, durante una reunión en Santa Fe de Bogotá, Colombia. Nuestra petición fue rechazada aún estando ahí presente el mandatario Figueres. No es necesario insistir en lo perjudicial que resultó este desagradable episodio para la posición internacional de Costa Rica.

Otras instancias de participación internacional mal encaminada: ¿de qué nos sirve ser miembros del Consejo de Seguridad si no tenemos un proyecto claro de política exterior? ¿Qué sentido tiene pretender ingresar a NOAL -muchos de cuyos miembros tienen un récord bastante pobre en aspectos fundamentales, como el respeto a los derechos humanos- mientras que descuidamos nuestra participación en las entidades de defensa de esos derechos en el sistema de la ONU?

¿Cómo realizar los objetivos nacionales? Primero debemos entender claramente que la presente crisis de la política exterior es fundamentalmente de carácter político-institucional. Por tanto, debe existir ante todo una voluntad política, clara y sólida, en los partidos políticos. No nos engañemos. Sin un cometido serio por parte de los grupos que rigen el quehacer político del país no habrá cambio verdadero posible.

Por otra parte, debemos ser realistas. Los cambios necesarios no se podrán realizar de la noche a la mañana, ni de golpe y porrazo. La profesionalización del servicio exterior por medio de diplomáticos de carrera graduados en relaciones internacionales o disciplinas afines es indispensable para modernizar nuestra diplomacia, pero también deberá guardarse un espacio importante para personas idóneas, por su preparación profesional y académica, de nombramiento discrecional por parte del Presidente aunque no estén propiamente incorporadas a la carrera diplomática. Tal es la forma en que se estructuran los cuadros del servicio exterior en Estados Unidos y los países de Europa Occidental, naciones que indiscutiblemente tienen a su haber una tradición diplomática de excelencia.

Todo esto, en un medio como el nuestro, tomará tiempo y deberá realizar en forma gradual, como ha ocurrido con la profesionalización de la Fuerza Pública. Pero lo más importante es echar a andar el proyecto, plasmar su inicio. Eso demanda voluntad del gobierno y los partidos políticos. Cualquier gobierno, de cualquier partido político, tiene que enfrentar la disyuntiva de modernizar la política exterior o asumir la responsabilidad del deterioro de nuestra posición internacional. O se da la concertación nacional para una nueva política exterior que realmente haga cumplir los intereses del país o tendremos que resignarnos a ver a Costa Rica rezagada y aislada en un mundo que cambia vertiginosamente. En este proceso los instrumentos de capacitación han de jugar un papel de primer orden. El Instituto de Servicio Exterior es un factor primordial para la profesionalización de la diplomacia, pero su labor debe ser enriquecida con los aportes de otras entidades académicas de prestigio, como la Universidad de Costa Rica y la Universidad Nacional. Se evitará así la duplicación innecesaria de funciones y será mejor aprovechado al aporte de excelentes académicos que laboran en esas instituciones. En otras palabras, una manera de fortalecer el Instituto de Servicio Exterior es permitirle contratar cursos y personal con otros centros académicos.

Y continuando con la problemática institucional, debemos insistir -una vez más- en que no es posible continuar con el fraccionamiento, la dispersión de esfuerzos y las contradicciones por parte de las instancias gubernamentales. Es impostergable la puesta en marcha real del Consejo Nacional de Política Exterior, como un órgano inter-institucional, no burocrático,

para coordinar las iniciativas externas del gobierno y corregir los males que acabamos de señalar. Hasta la fecha, la historia de esta iniciativa es que, habiendo sido propuesta primero por un partido mayoritario durante la pasada campaña electoral, su contraparte copió sin escrúpulos la idea y, una vez en el poder, no la puso en práctica.

La problemática de la política exterior tiene además una dimensión financiera muy importante. La asignación de recursos presupuestarios- de por sí escasos- tiene que ser cuidadosamente planificada. Las limitaciones financieras y el imperativo de maximizar rendimientos nos obliga a seleccionar con responsabilidad, realismo e inteligencia nuestras prioridades en el plano internacional. Las representaciones diplomáticas ante países con los cuales Costa Rica mantiene relaciones bilaterales importantes desde el punto de vista económico y político deberán ser fortalecidas en personal, equipo y logística, incluso si eso significa la reducción del número total de sedes. Una adecuada proyección internacional no se logra con la proliferación de representaciones mal preparadas. Es preferible tener menos representaciones pero mejor dirigidas y equipadas. Se recordará al respecto cómo en la administración pasada se creó *ex abrupto* una serie de sedes diplomáticas en varios países de Europa Oriental, sólo para tener que cerrarlas pocos meses después por falta de recursos.

Otro aspecto muy importante es acoplar nuestra política exterior a las normas universales del derecho, la diplomacia y la racionalidad económica que exigen las naciones avanzadas. No más ocurrencias ni deci-

siones idiosincráticas que desconcierten y desanimen a nuestros socios comerciales y aliados políticos, actuales o potenciales. Sobre todo, debemos incorporar a nuestro quehacer internacional técnicas de proyección de imagen y cabildeo modernas y eficientes, que sepan explotar todas las vetas políticas disponibles en los demás países para nuestro beneficio.

En el ámbito doméstico tenemos que agilizar los procedimientos legales y organizativos para la recepción de capitales e inversiones. No podemos seguir con la obsesión, rayana en la manía, por los permisos, el papeleo y los múltiples trámites que en su kafkiano laberinto burocrático entorpecen e incluso impiden el comercio y las inversiones internacionales.

Otras naciones pequeñas, incluso latinoamericanas, están realizando proyectos significativos en todos estos campos del quehacer internacional. ¿Por qué no podría Costa Rica hacer lo mismo? En este capítulo, desde luego, la clave se encuentra en el cómo.

Un pacto nacional para una nueva política exterior

No se puede dejar de insistir en que nada habrá de lograrse hasta que nuestros dirigentes políticos no cobren plena conciencia del momento histórico actual. Vivimos una coyuntura de cambios acelerados en el sistema internacional que Costa Rica no puede darse el lujo de ignorar. Seguir en lo mismo de antes significará malograr o perder oportunidades y caer en el atraso. El tiempo se agota y nuestro país no debe continuar en el limbo de una diplomacia obsoleta, sin sentido ni dirección. Sólo mediante un pacto nacional, fun-

damentado en el patriotismo auténtico, podremos aprovechar las posibilidades y enfrentar los retos del mundo actual. Un pacto nacional, fundamentado en la voluntad y la acción genuinas, que por fin nos haga superar la concepción de la política exterior como una inagotable agencia de viajes, exclusiva para parientes y amigos de los políticos y pagada por los contribuyentes.

**Impreso por el Programa de Publicaciones e
Impresiones de la Universidad Nacional,
en el mes de octubre de 1997, bajo la Dirección
de Maximiliano García Villalobos.**

**Autorizado por la Oficina de Transferencia Tecnológica
y de Prestación de Servicios de la Universidad Nacional.**

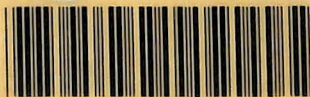
**La edición consta de 300 ejemplares en papel bond
y portada en papel couché.**

970101—P-UNA





SIBUNA



CS009255

Impreso en el Programa de Publicaciones e Impresiones y
autorizado por la Oficina de Prestación de Servicios de la Universidad Nacional